

# GUARDIAMARINAS RUSOS EN EL CÁDIZ DE 1719

Antonio ALEMPARTE GUERRERO  
Coronel de Infantería (R)

## Resumen

La grandeza de Rusia comienza a fraguarse a lo largo del reinado de Pedro el Grande, quien se percató de que, para encontrar una salida —de vital trascendencia— al mar Báltico, precisaba contar con una oficialidad preparada para la paz y la guerra en las más prestigiosas academias navales del mundo. Para lograr este objetivo, lo más conveniente era enviar reducidos pero significativos grupos de jóvenes a los países occidentales más avanzados en las técnicas y prácticas de la navegación: Inglaterra, Francia, Holanda y la República de Venecia.

En el verano de 1719 llegaron a Cádiz, procedentes de Venecia, 22 guardiamarinas rusos, cuya breve estancia entre nosotros no puede calificarse de provechosa: desconocimiento de la lengua, acusadas diferencias en la edad con la de nuestros imberbes guardiamarinas, insalvables dificultades económicas que amargaron la vida de los rusos, imposibilidad de navegar en galeras y de participar en combates reales, quizás incapacidad de adaptación a la idiosincrasia del pueblo español y, posiblemente, añoranza de la distante patria, impulsaron a la casi totalidad del grupo a dirigir una patética carta de súplica a su ministro, implorando la baja en la Real Compañía de Guardias Marinas y el regreso a la patria. .

Concedida la petición, los marinos eslavos abandonaron nuestras costas el 28 de febrero de 1720, para proseguir estudios y prácticas en Holanda e Irlanda.

Al final del relato se incluye una brevísima reseña de lo que el futuro deparó, tras su corta estancia entre nosotros, a este puñado de guardiamarinas, obligados a abandonar España inmersos en la frustración y la desesperanza.

Años atrás, llevado por mi afición a la historia, compré un grueso tomo que aún conservo, entre cuyas páginas, referidas al capítulo de la Marina española en el siglo XVIII en general y a la Real Compañía de Guardias Marinas en particular, se incluía este párrafo: «El Zar Pedro el Grande envió a España un grupo de jóvenes aristócratas rusos para instruirse en las ciencias navales».

La lectura de la escueta noticia despertó en mí el deseo de profundizar en tan ignorado episodio, cuyo interés atrajo de inmediato mi atención. Transcurridos varios años, y alcanzada la situación de «reserva», inicié mis personales gestiones en busca de bibliografía y, fundamentalmente, documentos. Y aquí, en este sencillo relato, se condensan los resultados de mis esfuerzos.

Sin embargo, antes de centrarnos en el tema, juzgo conveniente esbozar las incipientes relaciones hispano-rusas, considerando a España como una pieza

del imperio de Carlos V. El primer intento de aproximación data de 1521, año en que éste —en tanto que Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico— envió a Vasili IV, gran príncipe de Moscovia, una amistosa carta a la que fue correspondido con otra, donde se le aseguraban las intenciones de mantener tan buenas relaciones con el imperio como lo habían sido las desarrolladas a lo largo del reinado de su abuelo Maximiliano.

La misiva alcanzó Valladolid en 1523 —nuestro rey, como en otras muchas ciudades, forcejeaba con las Cortes en petición de subsidios— traída de la mano del representante ruso Ivan Yakov, acompañado de una reducida embajada. Carlos V, en justa correspondencia, envió otra, situando a su frente al conde Antonio de Padua, quien, saliendo de Madrid el citado año, tras permanecer seis meses en Moscú, regresó a la capital en abril de 1525.

A esta embajada le siguieron otras de forma intermitente; sus objetivos ordinarios se reducían a informar de fallecimientos, nacimientos, entronizaciones de personas reales, concertaciones de tratados —con preferencia, de comercio— internacionales, posibles alianzas contra potenciales enemigos... Algunas de ellas, por su aparatosa, bien pudieran ser catalogadas de «extraordinarias». Tal fue la enviada a Madrid en 1681; además de grandes señores, secretarios, escribanos, popes, traductores, hasta un total de 90 personas, se incluían 20 criados y 36 timbaleros y trompetas, que yo imagino desfilando por las estrechas calles del provinciano Madrid de los Austrias, en medio de la incontenida expectación de los 50.000 atónitos habitantes, sorprendidos «porque la novedad movió la curiosidad... y los trajes a la jocosidad... porque ni los traen los griegos ni los turcos... bien que la pedrería y perlas con que los adornaban eran de estimación no corta... El presente componíase de martas y armiños y otros pellejos de animales de aquel país que en esta Corte tienen crecida estimación y aunque corrió la voz de que el regalo llegaba a los 600.000 ducados, es cierto que no se avecindó a los 300.000...».

Seguidamente, el autor de la curiosa «Relación» añade con ironía: «Nótese que si el embajador de Francia (con lo que introdujo de géneros franceses para la loca curiosidad de las mujeres) nos quitó el pellejo, éste de Moscovia, nos festejó con los de más estima de su Imperio» (1).

En la segunda mitad del siglo XVII «el mundo diplomático experimentó una sensible transformación tras la paz de Westfalia (1648) [desdoblado en dos tratados: Osnabrück y Münster] que fragmentaron la vieja Europa del predominio de los Habsburgo, paulatinamente eclipsado por el ascenso de tres nuevas potencias: Rusia, Francia y Suecia» (2).

La primera, desde esta fecha, empieza a manifestar un notorio interés por «introducirse activamente en el concierto de los estados europeos. Un hito de ese proceso podía, sin duda, fijarse en el acercamiento hispano-ruso de 1667, cuando el Zar Alejo Mijailovich envió una embajada presidida por el stolnik

(1) ESPADAS BURGOS, Manuel: *Corpus diplomático hispano-ruso*. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1991, p. 10.

(2) *Op. cit.*, p. 12.

Piotr Ivanovich Potiömkin (léase Patiómkin), en la que expresaba su esperanza en el fortalecimiento de la alianza entre los estados cristianos, al tiempo que su deseo de recibir una embajada española».

Pasados unos años «distaba aún mucho la diplomacia rusa de contar con la experiencia, la tradición y el “savoir faire” de la de otros países europeos. Su gran despegue vino de la reactivación que le imprimiría Pedro I, que reorganizó el servicio diplomático al modo occidental, creando misiones diplomáticas permanentes y estableciendo cónsules en las principales ciudades.

Fue en 1717 cuando se acentuó el intercambio de correspondencia entre España y Rusia. El 20 de septiembre de 1719, Pedro I, en carta al príncipe Kurakin (3), enviado de Rusia en Holanda, le ordenaba “esforzarse por todos los medios para conseguir el respaldo hispano” y manifestaba el deseo de nombrar un embajador permanente en Madrid. El 22 de abril de 1722 era designado para tal cargo el príncipe Golitsyn» (4).

Desde la infancia Pedro el Grande se sintió empujado por dos pasiones que condicionaron su personalidad, vida y obra: el permanente afán de aprender de las más adelantadas naciones occidentales y la obsesiva inquietud por los temas y las cosas de la mar. Desde niño, residiendo en Moscú, gustaba de pasar jornadas enteras en el cercano lago Pleschel o en la finca de Preobrazhenskoe entregado a juegos y batallas en el río Yauza, hoy absorbido en el casco urbano de la capital. Escasos años después, un fornido Pedro —su talla de adulto rozaba el 1,96— construyó con sus manos un bote de madera que en nuestros días, si la memoria no me traiciona, se halla a la vista pública en el palacio-museo del príncipe Menschikov en San Petersburgo.

En 1697 —en tanto que co-zar con su hermano Iván— envió al extranjero a 58 nobles rusos, quienes, independientemente de sus deseos e inclinaciones, debían marchar a Venecia para estudiar las famosas galeras o a Inglaterra y Holanda con objeto de familiarizarse con los grandes navíos; constituyen el primer grupo de rusos formados como marinos de guerra allende sus fronteras. Pedro, personalmente, les trazó el plan de estudios: familiarizarse con las cartas marinas e instrumentos de navegación, aprender el arte de construir barcos, servir en los navíos extranjeros partiendo desde simple marinero y, siempre que fuese posible, participar en auténticos combates navales.

---

(3) Kurakin era boyardo miembro de una de las más antiguas y poderosas familias rusas que se codeaba con los Dolgoruki, Golitsin, Menschikov, Scheremetev [cuyos descendientes en tiempos de Alejandro I (1801-1825) poseían 700.000 siervos: el visitante que llegue a Moscú por vía aérea, lo hará en el aeropuerto internacional Scheremétevo-2; colindante con él y formando parte de un todo se encuentra Scheremétevo-1, de donde parten principalmente los vuelos a San Petersburgo. Ambos aeropuertos están situados en alguna de las fincas que conformaban las vastas posesiones de tan poderosa familia], Potiömkin...

Kurakin gozó siempre de la confianza de su amigo el Emperador, al que sirvió con lealtad, recibiendo de su parte honores y elevados cargos y misiones de prestigio. En 1717 le acompañó en un viaje a Francia sirviendo de intérprete en los encuentros con el regente Felipe de Orleans. Posteriormente desempeñó varias misiones diplomáticas en el extranjero.

(4) ESPADAS BURGOS: *Op. cit.*, pp. 13-14.

Si bien la mayor parte de los futuros marinos se componía de gente joven, entre ellos se hallaba Piotr Tolstoi de... 52 años (5). Lo que las crónicas nos hurtan es si la marcha fue decidida por personal y libre decisión o por imposición del Zar; sabemos que estaban obligados a asumir sus propios gastos y, necesariamente, regresar en posesión de un certificado de aptitud como oficiales de marina.

Las órdenes de Pedro causaron verdadero horror y estupor: las esposas de los casados iban a verse separadas de sus maridos, a quienes dejaban «a merced de las seductoras artes de las mujeres de lejanos países»; los padres temían «los efectos corruptores de la religión occidental» (6). Ninguno de esos hombres regresó a Rusia —lógicamente— con los entorchados de almirante, pero tampoco nadie desperdició el tiempo. Los conocimientos con que volvieron a su patria ayudaron a cambiarla.

Percatado el Monarca de que la grandeza de su país discurriría paralela a la de su Marina, prosiguió la tarea de continuar enviando jóvenes al extranjero en busca de una mejor preparación profesional, atrayendo simultáneamente hacia Rusia con el señuelo de altos empleos y elevados emolumentos a un elevado número de oficiales, técnicos, maestros navales y carpinteros de ribera, todos de probada experiencia, quienes, conjuntamente con miles de trabajadores reclutados «por cesárea voluntad», fundaron la primera base naval rusa en la pequeña ciudad de Taganrog —a la que cabe el honor de haber sido la patria chica del inmortal escritor Anton Pavlóvich Chejov— a las orillas del mar de Azov, en el estuario del Don. Seguidamente, aquella colmena humana dio comienzo a un ambicioso programa de constructores navales —con participación personal del Soberano como carpintero— cuyos frutos no tardarían en recogerse.

En 1710 tres grupos de futuros oficiales de Marina —dos, compuestos de 20 hombres y un tercero de 30— recibieron órdenes de servir en las flotas respectivas de Francia, Países Bajos y Venecia. Pasado un lustro, por designa-

---

(5) Piotr Tolstoi era entrañable amigo del Zar, en mayo de 1682 entró al frente de sus soldados en el barrio moscovita de Kremlin —donde, junto a sus familiares residían los «streltsy»— al grito de: «¡Vamos a matar a los traidores y asesinos de la familia del Zar!». En 1709 recibió la orden de trasladarse, como primer embajador de Pedro y de Rusia, a Constantinopla. A lo largo de 9 años mantuvo la inestable paz entre ambos imperios, lo que no fue óbice para que el Sultán lo sepultase en una mazmorra cerca de dos años. Tras el tratado de Adrianópolis regresó a su patria, donde continuó desempeñando, con notable acierto, sus servicios en vida de Pedro el Grande, a quien acompañó en su viaje a Francia en 1717. En 1724 se encargó de preparar la coronación de Catalina, segunda esposa del soberano. Años más tarde, la misma Catalina nombró al ya anciano Tolstoi conde del Imperio, título que han llevado sus descendientes, incluido el genial autor de *Guerra y Paz*, León Tolstoi.

Los «streltsy», formados en tiempo de Iván «el Terrible» (1533-1584), constituyeron el primer cuerpo de soldados profesionales rusos encargados de la custodia del Kremlin y de la familia imperial. En su mayor parte procedían del campesinado; ignorantes políticamente, cuando consideraban que su país se desviaba de las pautas tradicionales, se creían obligados a intervenir en los asuntos del Estado.

(6) ROBERT K., Massie: *Pedro el Grande*. Espasa Calpe. Madrid, 1971, p. 104.

ción directa del Zar, uno de sus hombres más allegados, Konon Zotov (7) embarcó para Cádiz con la precisa consigna de estudiar y recoger la más detallada y amplia información concerniente a nuestras cuestiones navales y su organización.

Nada aventurado resulta imaginar que los datos aportados por K. Zotov —a todas luces favorables gracias al visible impulso dado por José Patiño a la Marina— debieron de pesar en el ánimo de S.M.I. a la hora de decidir la partida de algunos de sus guardiamarinas hacia la escasamente conocida España.

Consumada la pérdida de la isla de Creta, reconquistada por los turcos la península de Morea (1715), firmado el tratado de Passorowitz (1718) que zanjó las hostilidades entre la Sublime Puerta y el Dux, carecía de lógica prolongar la estancia de los guardiamarinas rusos en Venecia, imponiéndose la necesidad de buscarles acomodo en otra nación donde existiese la posibilidad de materializar uno de los objetivos fundamentales recogido en las «Normas» impartidas por el Zar a los futuros marinos: buscar por todos los medios a su alcance la participación activa en combates navales contra un enemigo real.

Los escrutadores ojos de la diplomacia rusa, consultado el mapa de Europa, fijaron su atención en España: contiendas, terrestres o navales, nunca le faltaban y, si tal aconteciese, ya se preocuparían Isabel de Farnesio y Alberoni de provocarlas o declararlas para satisfacer sus personales ambiciones; el clima era benigno, la Marina había experimentado importantes mejoras y, lo que no era cuestión baladí y quizás constituyó el factor determinante, la lengua hablada guardaba notable similitud con la usada en Venecia.

Sin pérdida de tiempo, el Colegio (Ministerio) Estatal de Asuntos Exteriores, haciéndose eco de la voluntad del Soberano, puso manos a la obra, cursando órdenes al príncipe Kurakin, su embajador y ministro plenipotenciario en Holanda; éste visitó a su homónimo español, conde de Beretti-Landi, exponiéndole los deseos del Zar: autorización para que los guardiamarinas desplazados a Venecia prosiguieran estudios y prácticas en la Marina española.

En palabras del notable historiador e investigador almirante Guillén Tato: «El 27 del mismo octubre, Beretti-Landi visitó a Kurakin y le mostró el extracto de un despacho de Alberoni anunciándole que S.M. el Rey de España recibiría con agrado a estos guardiamarinas a su servicio, deseando prolongar para siempre con S.M. Imperial una agradable amistad y correspondencia,

(7) Konon Zotov: Natalia Narysjina, madre de Pedro I, designó en 1677 a este sencillo recaudador de impuestos como tutor de su hijo. Al conocer el increíble nombramiento, Zotov estalló en sollozos ante la Zarina, exclamando: «Madrecita, yo no soy digno de tener bajo mi custodia semejante tesoro». Simultáneamente fue elevado al rango de noble. Pedro sintió siempre por él verdadero afecto y respeto, y años después le concedió el título de príncipe.

Su hijo Basilio, en 1715, recibió el nombramiento de primer inspector general de Decretos, cargo creado —por cierto, con escaso éxito— para «disciplinar al Senado y hacerlo más efectivo».

indicando que deberían viajar directamente a Cádiz. A continuación, el príncipe Kurakin escribió al gobernador de esta plaza, don Tomás Idiáquez, una carta de aviso y recomendación» (8).

Recibida la conformidad española, el representante eslavo ante el Dux, Piotr Ivanovich Beklemishev, canceló el compromiso adquirido con la República veneciana, disponiendo el viaje hacia Cádiz; por canales diplomáticos informó al gobernador de ésta de la pronta salida de los guardiamarinas incluyendo una relación nominal, relación «en la que no figura Alexis Arbusov que había sido encarcelado días antes por el asesinato de un compañero» (9).

Los marinos, que prestaban servicio en la isla de Corfú, la abandonaron el 21 de febrero de 1719 camino de Venecia «teniendo que guardar cuarentena; el agente les dio un socorro durante ésta... les repartió el siguiente uniforme: casaca gris oscuro, puños y solapas rojos, chupa roja, pantalones y gorro grises, cuyo coste debían de reembolsarlo las familias, y para el viaje a Cádiz les proporcionó moneda equivalente a 2.400 kopeks» (10).

En fecha indeterminada del mes de abril dejaron a sus espaldas la «ciudad de los canales» para, viajando por Bolonia y Florencia, embarcar en Livorno. Con escalas en Génova, Mónaco y Niza arribaron al puerto de Tolón el 12 de mayo. Dos jornadas después se dieron a la vela rumbo a Málaga, con detenciones previas en Marsella y Alicante.

Próximo el desembarco, cercana la tierra, ante sus expectantes miradas, volcados sobre la mar —su razón de ser— surgían el puerto y la pequeña ciudad de Málaga con su emblemática y siempre inacabada catedral, dominada por el castillo de Gibralfaro y fajada por un circo de montañas, en medio de cuyos densos y abundantes bosques de pinos, eucaliptos y encinas discurría el viejo camino de Antequera que habrían de seguir, conocido en la actualidad bajo el nombre de «carretera de los montes».

Bajaron a tierra, pisaron por primera vez suelo andaluz; a sus sorprendidos ojos llegaba, límpida, la cegadora luz del raramente igualado cielo del meridión español en plena canícula. Se hallaban en el sur de un país que un siglo después exaltarían y plasmarían, en libros y lienzos, escritores y pintores románticos llegados del otro lado de los Pirineos e Inglaterra. Una nueva vida plagada de interrogantes se abría ante ellos.

No nos consta el número de jornadas pasadas en la hoy capital de la «costa del sol»; empero, sí sabemos que tras un agotador viaje a lomos de bestias (11), transitando por abominables caminos a veces trazados a pico sobre

---

(8) GULLÉN TATO, J.: «Los guardias marinas rusos que envió a estudiar a Cádiz el Zar Pedro el Grande en 1719». *Revista General de Marina*, núm. 182, mayo, 1972, p. 515.

(9) *Ibidem*.

(10) *Ibidem*.

(11) El primer servicio de diligencia se inauguró en España en 1815, cubriendo la línea Barcelona-Reus. En Andalucía fue preciso esperar hasta 1822 con la apertura del trayecto Madrid-Sevilla. Estos vehículos circulaban a una velocidad de 112 km diarios. En los años que los rusos estuvieron en Cádiz, los viajes se hacían en recuas de bestias o en galeras de 4 ruedas, arrastradas por 4, 6 u 8 mulas y en jornadas de 40 ó 50 kilómetros como máximo. En referencia

inquietantes abismos (12), sorteando nada imaginarios peligros —bien que su número, juventud y posiblemente escolta disuadiría a más de un jefe de partida de bandoleros—, tras extasiarse con la bella, áspera y agreste comarca de Ronda, la suave campiña de Bornos y las llanuras de Jerez, el 5 de julio de 1719, después de pasar por los arcos platerescos de la Puerta de Tierra, hacían su entrada en la «Tacita de Plata» dando por concluido el largo viaje.

Alojados en casas particulares —hasta transcurridos varios meses los alumnos no residieron en el edificio que hoy se conoce como «castillo de Guardiamarinas»— no tardaron en iniciar su andadura escolar e individual, que debió antojárseles un arduo camino erizado de dificultades, lo que, a mi entender, al menos en principio, no justifica su decisión de «arrojar la toalla» tan prematuramente, como conoceremos por el texto de una carta reproducida en líneas posteriores. Sin embargo, antes de proseguir el relato tomemos contacto con documentos oficiales custodiados en el Archivo del Museo Naval.

En la sobrecubierta de un expediente se lee: «Don Miguel... Durán del Despacho de Marina.—Campo Real de Asiaín 30 de julio de 1719.— Real Orden: Para que a los 22 cavalleros Moscovitas se les forme asiento de cadetes de la Cía. de Guardias Marinas».

En el interior, ocupando dos folios, aparece este escrito: «En carta del 17 del corriente, avisa V.S. que en el día antezedente llegaron a esa ciudad para servir en el Cuerpo de Cadetes de Marina, veinte y dos Cavalleros Moscovitas, con la carta del Príncipe Kourakin para el Gobernador de esa Plaza de que remite V.S. copia; que pagó V.S. el importe de Vagajes y del gasto que tuvieron en las Posadas desde Málaga y dispuso ponerlos ahí en distintas Casas, ajustando su manutención en un corto estipendio, en el ínterin que se le previene lo que ha de ejecutar, al respecto de hallarse sin orden alguna sobre esta materia.

Enterado S.M. de lo referido, me manda decir a V.S. admita a estos veinte y dos Moscovitas en el Cuerpo de Cadetes de Marina, como supernumerarios con el mismo goze que tienen los demás Cadetes y que los haga poner a todos juntos en una o dos Casas, o más si fuere nezesario y que asistan a las escuelas con los demás. Dios guarde a V.S. ms. os. como deseo. Campo Real de Asiaín, 30 de julio de 1719.—Miguel... Durán.— Sr. Don Francisco de ¿Varas?».

Tras la lectura observamos un error: los rusos llegaron a Cádiz el 5 de julio. En una página posterior nos lo corroborarán ellos mismos. Una vez salvada esta equivocación, prosigamos el relato.

---

a este período, Teófilo Gautier escribiría un siglo más tarde: «Tan incómodas —mulas o galeas— como un potro de tortura y sólo aptos para personas que, por falta de ingresos, no pueden cuidar como quisieran de su tiempo y de sus huesos».

(12) Los caminos empezaron a convertirse en carreteras —en el concepto de la época— a partir del reinado de Fernando VI. Las primeras ciudades unidas fueron la capital con La Coruña en 1749, invirtiendo en recorrer este trayecto cinco días y medio... si el camino, las averías y el tiempo lo permitían. Los trabajos para enlazar Madrid con Andalucía dieron comienzo a mediados de 1761, empleándose abundante mano de obra militar.

El destinatario del anterior documento, ignoro a quién, pero presumiblemente al director de la «Real Cía. de Guardias Marinas», le hace llegar este otro: «Cádiz, 15 de Agosto de 1719.—Siéntensele las Plazas de Cadetes de Guardas (*sic*) Marinas a los veinte y dos Cadetes Moscovitas por haverlos admitido Su Magestad al Cuerpo de ella, como supernumerarios, con el mismo Goze que tienen los demás cadetes, según lo expresa la Carta Prezente del Señor D. Miguel... Durán, Secretario del Despacho Universal de la Guerra, del Mar y de tierra, la que les servirá de Testificación, deviéndose entender el Goze del sueldo y Pan de Munición que desde Diez y siete del corriente en adelante respecto de que oy y mañana diez y seis, se les da de Hueco que en el ínterin previene la Casa que se les destina a fin de separarlos, como S.M. manda. Varas» (13).

Conozcamos algunas particularidades de la que fue «Real Compañía de Guardias Marinas» que, correspondiendo a los desvelos de Patiño, el 7 de febrero de 1717 abrió sus instalaciones en el antiguo barrio del Pópulo gaditano. Los alumnos se alojaban, como se ha dicho, en casas particulares hasta 1719; a partir de esta fecha se inauguró un edificio propio, con la finalidad de reagruparlos conjuntamente, si bien la enseñanza continuó impartándose en el «Castillo Viejo».

Mejor será que este breve capítulo nos lo relaten acreditados escritores e investigadores. Cedamos la pluma a los autores de una excelente *Historia de España*, Aguayo Bleye y Alcázar Molina: «Desde las primeras “instrucciones” se separaron las funciones del capitán comandante, al que correspondía la educación militar de los alumnos, y del Director de la Academia, encargado de su formación científica.

La nobleza acudió al llamamiento real, dedicando sus hijos a la Armada, así como muchos otros procedentes de Italia y Flandes. A lo largo de 1717 ingresaron en la Academia 181 alumnos, de los cuales 73 procedían de las clases altas andaluzas, 41 vascos, 16 de Castilla, 12 de Italia, Flandes y América, 8 de Galicia y 31 de otras regiones» (14).

Del relato de los investigadores Dalmiro de la Válgoma y del barón de Finestrat, extraigo estos párrafos: «En las “Circunstancias” que han de concurrir los pretendientes a Plazas de Guardias-Marinas se señala que todo “el que se recibiese como Guardia Marina, ha de ser Cavallero Hijo-Dalgo notorio conforme a las Leyes de este Reyno... Ha de saber leer y escribir...; no ha de tener imperfección corporal, ni que por su complexión poco robusta, fatuidad o rudeza, sea incapaz de aprovechar los estudios, o poco propio para las funciones del Servicio. No puede entrar en la Compañía antes de la edad de 14 años, ni después de cumplidos los 18, y sólo en atención a su cuidada educación, viveza y talentos, le podrá disimular el Capitán, dos años más o menos, de la referida edad» (15).

(13) Archivo del Museo Naval, ms. 1456-14 V.g. 15.

(14) AGUAYO BLEYE, Pedro, y ALCÁZAR MOLINA, Cayetano: *Historia de España*, t. III. Espasa Calpe. Madrid, 1969, p. 303.

(15) VÁLGOMA, Dalmiro de la, y el barón de Finestrat: *Real Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval*. Instituto Histórico de la Marina. Madrid, 1943, p. 14.

Éstas son las anotaciones del almirante Guillén: «El plan diario: por la mañana se reunían en la iglesia y bajo el mando del brigadier de servicio iban a misa. Después, dos horas de matemáticas en la Academia. Concluido el almuerzo, a las tres, una cuarta parte recibía clase de cosmografía y pilotaje; otra, artillería y maniobra. La tercera, ordenanzas y la restante alternaba dibujo, idiomas, esgrima, instrucción militar y danza». Esta última, comenta el almirante, «con la observación de que no se aficionasen tanto a ella, que no desatendieran las otras» (16).

¿Cómo se desenvuelven nuestros atribulados huéspedes en su vida cotidiana? De nuevo el almirante nos aproxima a ella relatándonos sus cuitas e impresiones: «Les sorprendió la suntuosidad de los uniformes de nuestros guardia marinas: casaca y calzones azules, vueltas y medias rojas, botones y ojales de oro... Si uno enferma —escribió el alumno Iván Neplujet— en el hospital tienen medicamentos y comida, descontándole 5 pesos. Se lamentaban de la carencia de dinero, si bien se les abonaban los gastos imprescindibles de comida, casa, lavado de ropa, zapatos, barbero y sastre. En cuanto al aprendizaje del castellano poco debieron esforzarse toda vez que en las clases eran elementos pasivos, alegando su desconocimiento de la lengua, escudándose que en Venecia, tanto embarcados como en tierra, se desenvolvían en un círculo de gentes que se expresaban en eslavo».

Estos caballeros moscovitas —de moral quebradiza o, quizás esté más cerca de la realidad, soportando una vida de penalidades y estrecheces rayana en la indigencia y abatidos psíquicamente—, presa del desaliento ante tal cúmulo de adversidades y carencias, penetrados de la esterilidad de sus esfuerzos en superar unos estudios encaminados a obtener un certificado de aptitud que los acredite como oficiales de Marina, deciden conjuntamente enviar un escrito de súplica a su ministro solicitando tramite sus bajas en la «Real Compañía» y ordene sean reintegrados al servicio activo de su país.

Este documento, a veces lindando lo patético, se encuentra por fortuna en el Archivo Estatal Central de Marina, con sede en Moscú, y ha sido reproducido en toda su integridad en el «Corpus Diplomático hispano-ruso» del que doy copia textual seguidamente:

«A su Excelencia el general almirante y señor nuestro Conde Fiodor Matfeevich (17).

(16) GUILLÉN TATO, J.: *Op. cit.*, p. 515.

(17) Fiodor Matfeevich Apraksin era descendiente de una vieja familia de boyardos; fanfarrón, franco y enormemente orgulloso, no toleraba insultos de nadie, ni siquiera del Zar, de quien era compañero de armas y al que sirvió en diversos campos: como marino y general, gobernador y senador. Pero su verdadera pasión la constituía la Marina, a la que amó entrañablemente, todo lo contrario de la nobleza rusa de su tiempo, que la detestaba.

Antes de él, nunca nadie ostentó el grado de almirante de la flota rusa, a la que mandó en su primera batalla importante: la de Hangó. Presidente del Colegio del Almirantazgo en 1718. Un año más tarde se le concedió el título de conde. Gobernador de Estonia, Ingria (territorio comprendido entre Estonia y San Petersburgo) y Carolina (Carelia finlandesa y rusa), formó parte del tribunal que juzgó al zarevich Alejo, hijo de Pedro.

Ponemos en conocimiento de Su Excelencia que por orden de Su Majestad el Zar, nosotros los abajo firmantes estuvimos en la campaña de 1716 como guardiamarinas a bordo de un buque de la flota de Su Majestad, y que en ese mismo año de 1716, al acabar la campaña y después de la revista celebrada por Su Majestad el Zar, desde Copenhague fuimos enviados a servir en las galeras de la República de Venecia, y en conformidad a la orden de Su Majestad estuvimos sirviendo dos campañas en las galeras de la flota veneciana, sin que se nos diera paga alguna de S. M. el Zar, dándonos por parte de la República de Venecia un “chervonetz” (18) al mes durante el tiempo de campaña y de dos “chervonetz” durante el de internada, lo que no nos alcanzaba ni para comer, encontrándonos en gran necesidad, y durante esas campañas participamos en batallas sostenidas con la flota turca, al igual que en la toma de varias ciudades, al propio tiempo que nos ejercitábamos en la práctica de las galeras, de todo lo cual poseemos testimonios en forma de certificados expedidos por sus almirantes; y en el presente año de 1719, por orden de S.M. el Zar, su Representante el señor Piotr Ivanovich Beklemishev nos sacó del servicio de Venecia y nos envió a España, al servicio en las galeras, en Cádiz, de conformidad a una carta de Su Alteza el Príncipe Boris Ivanovich Kurakin al Gobernador Don Tomás Idiáquez, y el día cinco del pasado mes de julio llegamos a la ciudad de Cádiz, donde entregamos la carta a su Alteza el Gobernador, que escribió a S.M. el Rey, y S.M. el Rey ordenó que fuéramos destinados a la Academia y tenernos allí como sus guardiamarinas, dándonos una paga de dos rublos y medio mensuales, pero sin que nos proporcionara uniforme, y ahora vivimos en unos apartamentos que hemos tomado en alquiler, manteniéndonos sólo a pan y agua sin que nos quede luego nada para hacernos con ropa, calzado, medias y demás necesidades; y en cuanto a la Academia estudiamos sólo la instrucción militar, la danza y la esgrima, sin poder estudiar matemáticas, puesto que no sabemos el idioma, pues ya somos mayores, lo que es de conocimiento de S.M. y en cuyo servicio deseamos estar; y aquí muchas veces hemos pedido a nuestro comandante que nos destinara a galeras, pero el mismo nos dijo que S.M. el Rey mantiene solamente dos galeras y que éstas

---

Hombre de integridad nada común, en cierta ocasión, siendo almirante-general, Pedro I castigó a un grupo de jóvenes nobles que se habían matriculado en el Seminario Teológico de Moscú para eludir el servicio militar, enviándolos a la Academia Naval de San Petersburgo, haciendo recaer sobre ellos la durísima tarea de acarrear pilotes al canal del Moika (río que hoy atraviesa la Perspectiva Nievski, muy próximo al Almirantazgo). Ofendido Apraksin por el deshonor hacia varias viejas familias de la nobleza, fue al Moika, se despojó del uniforme que, juntamente con la Cruz de San Andrés, colgó de un pilote, y comenzó a trabajar codo a codo con los jóvenes. Advertido el Zar, corrió a su encuentro preguntándole dolido y asombrado: ¿Cómo tú almirante-general, estás transportando pilotes? Apraksin, con voz queda en la que se traslucía el dolor, le respondió: «Señor, estos trabajadores que tú ves, son mis sobrinos y nietos. ¿Por qué voy a ser yo el privilegiado? Pedro, confuso, lo miró admirado, dio media vuelta y de inmediato ordenó levantar el arresto.

Asistió al Emperador en su lecho de muerte y tras su fallecimiento en 1725 formó parte del Consejo Privado Supremo (compuesto de 16 miembros) que ejercía un poder casi omnímodo, incluida la promulgación de decretos. Falleció tres años después de la muerte de su querido Monarca.

(18) Chervonetz: moneda de oro de cinco o diez rublos del siglo XVIII.

se encuentran en Sicilia, por lo que no nos puede mandar a otro sitio que no sea la Academia, aparte de que esas galeras se encuentran encerradas en puerto por el enemigo, y que no sólo las galeras, sino también los demás buques salen poco, y en sus galeras no hay guardiamarinas; repetidamente hemos solicitado que nos aumenten la paga, contestándonos el mismo comandante que no nos la subían, y que no nos autorizaba a mandar ningún escrito a la Corte de S.M. el Rey, diciéndonos que le pidiéramos a S.M. el Zar sobre todas nuestras necesidades; pues no podemos mantenernos con aquella paga y que en ninguna parte hemos visto una carestía igual, de lo que S.E. pueda dignarse enterarse con independencia de nosotros; en cuanto a los guardiamarinas españoles, no se mantienen de la paga, sino más bien de lo que reciben de sus casas, mientras que nosotros, nobles, pero sin dinero, no recibimos de nuestras casas no ya giros, sino tan siquiera cartas, y ya que nos encontramos en extrema miseria en el servicio de Venecia, donde, si hubiéramos seguido, hubiéramos podido perecer de necesidad, hallándonos hoy día igualmente en gran aprieto, en una necesidad no menor que la de entonces, hambrientos en primer lugar, teniendo después sólo un caftán cada uno, y no tenemos camisas ni demás, por lo cual, con toda humildad y con lágrimas rogamos a S. E. que implore la compasión de nuestro Soberano para no dejarnos perecer antes de tiempo, dignándose informar a S. M. el Zar de que quisiéramos estar en su servicio y no en la Academia, y que nos asigne una paga de S. M. el Zar con la que podamos mantenernos, y de que si seguimos aún mucho tiempo en la Academia podemos olvidar la práctica naval que habíamos adquirido, y además no aprender nada, por cuanto que la danza y el aprendizaje por nosotros de la esgrima, no es provechoso al interés de Su Majestad. Si no obtenemos compasión de S.E., en verdad, Señor, podemos perecer de necesidad. Compadeceos, señor, de nosotros, ya que ninguna ayuda podemos recibir fuera de la vuestra.

De su Excelencia fieles servidores, los guardiamarinas Artemi Tolbutov, Iván Nepliev, Andrei Sujotin, Iván Artemiev, Iván Zinoviev, Piotr Pashkov, Vasilei Kitishev, Semion Dobrojotov, Iván Kostriakov, Iván Kulichev, Iván Titov, Efim Tsymermanov, Stepan Kakovintsey, Vasili Filipov, Alexei Novoselskoi.

España, Cádiz, a 10 de agosto del año 1719» (19).

En palabras del almirante Guillén: «A finales de noviembre de 1719 leyeron este escrito en el Almirantazgo al conde Apraksin (20), quien dio la orden de repatriarlos. En Cádiz se cumplimentó el 28 de febrero de 1720».

Una interrogante sale a mi encuentro y me formula una pregunta para la que no hallo respuesta: ¿a qué se debe que la carta no fuese suscrita por la totalidad de los componentes del grupo? Sabemos que el guardiamarina Alejo Bolosens falleció en el hospital gaditano un mes después de su llegada a

(19) ESPADAS BURGOS: *Op. cit.*, pp. 55, 56 y 57.

(20) GUILLÉN TATO, J.: *Op. cit.*, p. 517.

Cádiz, pero, así y todo, todavía faltan seis firmas... ¿Se negaron algunos? ¿No deseaban todos abandonar Cádiz o acaso la belleza, el encanto y el amor de las mujeres de la tierra española adormecían las voluntades actuando como lenitivo capaz de aliviar penalidades y sufrimientos sin cuento, relegándolos al olvido? Pudiera ser...

¿Qué suerte reservó el destino a este puñado de mocetones (edad media a su llegada a Cádiz: 22,5 años, frente a los 16,5 años de los nacionales) una vez abandonado el territorio español? Estamos de enhorabuena, la conocemos: el capitán de la «Real Cía. de Guardias Marinas» Francisco Winthuysen, llevado por su inquietud y aguijoneado por la curiosidad, solicitó información sobre ellos al gentilhomme de cámara Stepan Zinoviev —¿acaso hijo o nieto de alguno de los dos hermanos guardiamarinas del citado apellido?—, ministro plenipotenciario de Rusia desde hacia dos años en Madrid, obteniendo una satisfactoria respuesta, reproducida en el citado libro de Dalmiro de la Válgoma, que conoceremos inmediatamente. Pero antes me veo precisado a hacer dos pequeñas observaciones.

La persona encargada de materializar los asientos —evidentemente no tenía por qué conocer la lengua rusa— o bien recibió las filiaciones con crasos errores o bien las transcribió tomadas al oído. Y si así fue, a mi entender, lo hizo de forma escasamente fiel.

Sobre mis hombros he echado —en tanto en cuanto me ha sido posible y dentro de mis limitados conocimientos— la tarea de restituir, valiéndome de las firmas de la carta reproducida en el «Corpus diplomático hispano-ruso», los nombres y apellidos originales eslavos para seguidamente verterlos al castellano; razón por la cual algunos difieren sensiblemente de los que figuran en el libro últimamente reseñado.

Para no ser repetitivo aclaro que a todos los caballeros guardiamarinas rusos se les tomó asiento con idéntica fecha, el 15 de agosto del año 1719; asimismo, que abandonaron España simultáneamente el 28 de febrero del siguiente año.

Demos a conocer el futuro que el destino les deparó:

*Iván Antonovich Alekseev*

Edad: 22 años Padre: Antonio. Madre: Ardoitia. Pasó a Holanda.  
En 1723, siendo mayor, fue enviado como cónsul a Burdeos.  
En 1732 se le nombró consejero de Comercio.

*Piotr Gavriilovich Kaschkin*

Edad: 23 años Padre: Gabriel. Madre: María. Pasó a Holanda.  
Vicealmirante en 1763 y condecorado con la Orden de Santa Ana de Holsacia.  
Falleció el 1 de abril de 1764.

*Vasilii Ivanovich Kitischev*

Edad: 21 años Padre: Juan. Madre: Eudoxia. Pasó a Holanda.  
En 1741 se retiró con el grado de coronel.

*Artemi Iliavich Tolbutov*

Edad: 20 años Padre: Elías. Madre: Nenilas. Pasó a Holanda.  
 Contralmirante en 1750. Falleció el 8 de noviembre del mismo año.

*Piotr Evstafivich Pasjov*

Edad: 23 años Padre: Estafio. Madre: Eufemia. Pasó a Holanda.  
 En 1739, siendo mayor, falleció en la expedición del Dnieper.

*Alejo Andreevich Bolosens*

Edad: 21 años Padre: Andrés. Madre: Eudoxia.  
 Falleció en Cádiz el 24 de agosto de 1719.

*Timofiei Ivanovich Sherbatov*

Edad: 20 años Padre: Juan. Madre: Agrafia. Pasó a Irlanda.  
 En 1744 se retiró de capitán con grado de coronel.  
 Ostentaba el título nobiliario de Príncipe de Rusia.

*Stepan Bagdanovich Kakovintsey*

Edad: 22 años Padre: Bogdan. Madre: Febronia. Pasó a Irlanda.  
 En 1738, siendo teniente, se retiró del servicio.

*Semion Levovich Dobrojotov*

Edad: 23 años Padre: Leoncio. Madre: Maura. Pasó a Irlanda.  
 Siendo mayor, falleció en 1746.

*Iván Ivanovich Abrutin*

Edad: 20 años Padre: Juan. Madre: Ardonia. Pasó a Irlanda.  
 Capitán con grado de brigadier. Falleció en 1773.

*Andrei Filatovich Sujotin*

Edad: 22 años Padre: Filato. Madre: Ana. Pasó a Irlanda.  
 Siendo mayor, en 1738, falleció en la expedición del río Dnieper.

*Iván Maximovich Kukarin*

Edad: 21 años Padre: Máximo. Madre: Marfa. Pasó a Irlanda.  
 Se retiró de capitán, graduado de coronel, en 1741.

*Iván Pavlovich Zinoviev*

Edad: 24 años Padre: Pablo. Madre: Teodora. Pasó a Irlanda.  
 Falleció de vicealmirante retirado, el 1 de abril de 1773.

*Piotr Pavlovich Zinoviev*

Edad: 23 años Hermano del anterior. Pasó a Irlanda  
 Siendo mayor, en 1740, falleció en la expedición al río Dnieper.

*Yakov Tomanovich Raslachev o Raskorlev*

Edad: 25 años    Padre: Tomás.    Madre: Ardoitia.    Pasó a Irlanda.  
Falleció, siendo teniente, en 1724.

*Evfimii Ivanovich Tsymermanov*

Edad: 25 años    Padre: Juan.    Madre: Ana.    Pasó a Irlanda.  
Falleció en 1738, siendo subteniente, en la expedición al río Dnieper.

*Stepan Trofinovich Filipov*

Edad: 20 años    Padre: Trofin.    Madre: Ana.    Pasó a Irlanda.  
Se retiró, con grado de coronel, en 1753.

*Iván Ivanovich Kostriakov*

Edad: 25 años    Padre: Juan.    Madre: Zenobia.    Pasó a Irlanda.  
En 1753, siendo capitán con grado de brigadier, obtuvo el retiro.

*Iván Ivanovich Nepliuiev*

Edad: 26 años    Padre: Juan.    Madre: Marfa.    Pasó a Irlanda.  
Contralmirante, con grado de mariscal de campo, en 1730. En 1736 dejó la Armada por haber sido nombrado consejero privado. Se le condecoró con las Órdenes de San Andrés y Alejandro Nevski. Habiendo perdido la vista en 1763, solicitó el retiro, alejándose a sus estados, donde falleció.

*Iván Ivanovich Tsirikot Aniskov o Ziriakov*

Edad: 17 años    Padre: Juan.    Madre: Ana.    Pasó a Irlanda.  
Siendo mayor, en 1739, se retiró del servicio.

*Iván Ivanovich Aniskov o Anilskot*

Edad: 20 años    Padre: Juan.    Madre: Ana.    Pasó a Irlanda.  
Falleció en 1738, siendo subteniente, en la expedición al Dnieper.

*Vasilii Ekinovich Filipov*

Edad: 23 años    Padre: Ekin.    Madre: Ekilina.    Pasó a Irlanda.  
En 1755, siendo capitán con grado de coronel, se retiró del servicio.

En principio, consideraba dar por concluido este artículo en el punto final del párrafo precedente; sin embargo, a última hora ronda en mi cabeza una reflexión: exactamente 99 años después de la llegada de los guardiamarinas a Cádiz, arribaba a su puerto una escuadra de cinco navíos y seis fragatas vendida por Alejandro I a Fernando VII.

No resulta nada disparatado pensar que entre los miembros de la numerosa oficialidad se hallasen algunos que dijese para su propio capote, o comenta-

sen entre compañeros: «Hace un siglo, mi bisabuelo o tatarabuelo, guardiamarina en esta ciudad, paseaba por las mismas calles y plazas por donde yo lo hago hoy. ¡El mundo es estrecho!» (dicho ruso equivalente a nuestro ¡El mundo es un pañuelo!).

Yo, por mi parte, apuesto por una respuesta afirmativa.